

Estrómboli





Estrómboli



JON BILBAO



IMPEDIMENTA



Primera edición en Impedimenta: febrero de 2016

Copyright © Jon Bilbao, 2016

Autor representado por The Ella Sher Literary Agency

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2016

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-16542-36-9

Depósito Legal: M-1279-2016

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Katia y Lea

CRÓNICA DISTANCIADA DE MI ÚLTIMO VERANO

L levábamos dos semanas en Reno cuando sorprendí al motorista con la nariz metida en las bragas de mi novia.

D había recibido una beca para terminar su tesis doctoral en la Universidad de Nevada. Casi al mismo tiempo, la revista de montajes e instalaciones mecánicas donde yo escribía quebró. Era la primera vez que me veía sin trabajo. D me propuso acompañarla.

Tienes que verlo como un período de transición, dijo. Unos meses en Estados Unidos te aclararán las ideas. Te ayudarán a decidir qué quieres hacer.

Ella pasaba el día en la biblioteca del campus o entrevistándose con profesores que podían ayudarla con su tesis. Mientras tanto, yo deambulaba por el desabrido paisaje de casinos decadentes, casas de empeño y moteles de dudoso aspecto que componía el centro de Reno. Algunas tardes me acercaba al campus y pasaba unas horas hojeando libros en

la biblioteca. Pero lo más habitual era que me quedara en el diminuto apartamento que habíamos alquilado e hiciera de amo de casa.

Aquella mañana tocaba colada. En cada piso del edificio había un cuarto con dos lavadoras y otras tantas secadoras. Cargué hasta allí con la bolsa de la ropa sucia. D ya se había ido a la universidad.

No había nadie en la lavandería y todas las máquinas estaban disponibles. Metí la ropa en una lavadora y al ir a echar el detergente me di cuenta de que me lo había olvidado en el apartamento. Fui a buscarlo, dejando allí la ropa. Tardé un minuto en volver. Me encontré entonces con el motorista. En un rincón de la lavandería había un conducto que bajaba hasta la planta baja y desembocaba en un contenedor de basura. El motorista debía de haber ido a tirar algo. Por el camino había visto la ropa en la lavadora y cogido unas bragas de D. No me vio ni me oyó entrar. Estaba junto a la lavadora, con las bragas sobre la boca y la nariz, e inhalaba profundamente con los ojos cerrados.

Pocos años antes el edificio había sido un hotel con mala fama, frecuentado por drogadictos y prostitutas. Tras un cambio de propietario y un remozado de urgencia, se había convertido en un edificio de apartamentos de alquiler. Su cercanía al campus lo hacía idóneo para los profesores e investigadores de paso en la universidad. Pero aún sobrevivía algún inquilino de la etapa anterior. El motorista era uno de ellos. Solía estar a menudo en el aparcamiento que había frente al inmueble, acompañado por otros como él, tipos barbudos con chalecos de cuero y pañuelos en la cabeza. Sentados en sus Harley-Davidson desguarnecidas, bebían de botellas que escondían en bolsas de papel. Cuando pasaba un coche de la policía o del

servicio de seguridad que vigilaba los apartamentos, le dedicaban miradas socarronas y escupían al suelo.

El motorista era más bien bajo, pero robusto y de brazos muy largos. Aparentaba unos cuarenta años, aunque probablemente fuera más joven. Llevaba el pelo largo y recogido en una coleta. El bigote y la parte de la barba que le rodeaba la boca estaban desteñidos y habían adoptado un tono amarillento. Aquella mañana vestía su atuendo de costumbre: pantalones tejanos (mugrientos de grasa y aceite de motor), camiseta con la leyenda *ASESINO DE MADRES SOLTERAS* (también sucia y agujereada por quemaduras de cigarrillo), chaleco de cuero y botas.

Me quedé paralizado, preguntándome qué hacer. No era una de esas situaciones que se resuelven hablando, ni el motorista parecía alguien con quien se pudiera dialogar. Por otro lado, no había nada que dialogar. Aquel tipo estaba restregándose unas bragas de D por la cara, puede que acariciándolas con la punta de la lengua, probando su gusto. Yo tenía que hacer algo. Pero nunca tuve predisposición a la violencia. Nunca me había peleado con nadie. Y todo indicaba que aquel tipo sí que lo había hecho, e incluso que pelearse formaba parte de sus diversiones habituales. Aunque era bastante más bajo que yo, no parecía que fuera a tener dificultades para darme una paliza.

Pero a pesar de todo debía hacer algo.

Fui decidido hacia él.

¡Dame eso!, dije, casi gritando, aunque ni siquiera la rabia con que hablé consiguió eliminar el tono afectado que tenía mi inglés.

Le arranqué las bragas de la mano y él retrocedió un paso. Me miró sorprendido y después sonrió enseñando una

dentadura sarrosa. No se disculpó ni mostró inquietud. Me echó un vistazo, calibrándome, y se limitó a quedarse allí plantado, a la espera de lo que yo hiciera a continuación.

Arrojé las bragas a la lavadora y la cerré de golpe. El estampido reverberó en el reducido espacio de la lavandería. Ahora el motorista me miraba divertido.

¿Qué pasa? ¿Son tuyas?, dijo.

Le dediqué una mirada que creí autoritaria. Él se rio y salió de la lavandería mascullando algo que no entendí.

Me quedé allí un rato sin hacer nada. Las manos me temblaban por el subidón de adrenalina.

Pasé el resto de la mañana dando vueltas a lo que había sucedido e intentando decidir si había actuado debidamente o no. La rabia con que me había dirigido al motorista (¡Dame eso!) había sido premeditada, lo que le restaba valor, si no se lo quitaba por completo. Y estaba seguro de que él se había dado perfecta cuenta.

Cuando D vino a comer no le conté nada. Para entonces sus bragas ya estaban limpias y secas y plegadas en el armario junto con el resto de la ropa. Por la tarde la acompañé a la biblioteca y pasé un par de horas leyendo. Después, con mucho esfuerzo, convencí a D para que pusiera fin a su jornada antes de lo habitual y fuimos a pasear por la orilla del Truckee. El río atravesaba el centro de Reno. Sus aguas eran claras y poco profundas y discurrían sobre un fondo de roca. Las riberas estaban arboladas y habilitadas como zonas de recreo. Allí resultaba difícil sentir que estabas en mitad de una ciudad. Era el mes de agosto y había mucha gente bañándose y remando en piragua. Compramos unos helados y nos sentamos a comerlos con los pies en el río. Intenté no pensar más en lo que había pasado.

* * *

Dos días después nos cruzamos en el ascensor con el motorista, que me dedicó una mirada burlona y me guiñó un ojo. Fue todo muy rápido. Él salió del ascensor, nosotros entramos y las puertas se cerraron. D me hablaba de su tesis y no se percató de la mirada ni del guiño.

A partir de entonces, cada vez que me encontraba con el motorista, él no se privaba de dirigirme un gesto de burla, cuando no de desprecio, dejándome claro que recordaba lo sucedido en la lavandería. Sus pullas eran más abiertas cuando yo iba solo; si estaba con D se reducían a pequeños gestos como el del ascensor, de forma que yo pudiera verlos pero ella no.

Seguí sin contarle nada a D.

Pasó una semana, pero el motorista no se olvidó de mí. Su actitud empezó a rondar el acoso. Las burlas eran cada vez más abiertas e hirientes. Si él hubiera sorprendido a alguien olfateando las bragas de su pareja le habría machacado la cara. Desde su punto de vista, cualquiera que reaccionara de otro modo era digno de desprecio.

Una mañana en que salí del edificio sin comprobar que el campo estuviera despejado, me topé con el motorista y tres de sus colegas. Como era habitual, bebían en el aparcamiento. Me recibieron con un coro de gritos y aullidos. Todos estaban al tanto del asunto. Me alejé dándoles la espalda. Doblé una esquina y sus voces se apagaron.

Unos metros más adelante, un coche se detuvo junto a mí. Perteneecía al servicio de seguridad que patrullaba los apartamentos. El guarda que bajó de él era negro y usaba gafas sin montura. Me saludó educadamente, tras lo que me dijo que había visto lo sucedido. Me preguntó si deseaba que diera

parte. Yo no sabía a qué se refería con «dar parte» pero le dije que no era necesario, que los motoristas solo eran unos borrachos pasando el rato. Él me miró fijamente, asintió y dijo que lo dejaríamos correr. Pero antes de subir al coche me recomendó tener cuidado; aquella gente podía ser peligrosa.

No hacía falta que me lo dijera.

A los pocos días de llegar a Reno, D y yo habíamos ido a pasear en bicicleta por la orilla del Truckee. Seguimos el río corriente abajo. Pasamos bajo varios puentes de autopista, dejamos atrás los casinos, los moteles, una ristra en apariencia interminable de almacenes y parques de contenedores, una planta purificadora de agua y por fin salimos de la ciudad. A nuestro alrededor se extendió el paisaje pardusco y desértico del norte de Nevada. Hacía mucho calor. El aire olía a salvia y al limo de la orilla del río.

En una zona llana y despejada, junto a unas vías de tren, se había congregado un grupo de motoristas. Entre veinte y treinta. Gritaban y aplaudían. Estaban celebrando una competición de fuerza. Se retaban a lanzar lo más lejos posible una *scooter*. Era de suponer que robada. Y también era de suponer que antes de la competición le habían extraído el combustible. Levantaban en vilo la pequeña moto, daban unas vueltas sobre sí mismos para tomar impulso y, con un rugido, la lanzaban al aire. La *scooter* volaba unos metros y se estrellaba contra el suelo con un estampido y un cascabeleo de piezas aflojadas. Para entonces ya había perdido los retrovisores, los faros y la mayor parte del carenado.

Nos detuvimos a observar, semiocultos tras unos arbustos resecos.

No había un campo de lanzamiento delimitado. Los participantes arrojaban la *scooter* en cualquier dirección, a menudo

hacia donde estaban sus compañeros, que tenían que salir corriendo para que no les cayera encima, lo que provocaba carcajadas y más gritos.

Era como contemplar a una tribu primitiva. Todos bebían. El suelo estaba sembrado de latas de cerveza aplastadas. Los motoristas se palmeaban las espaldas. Se daban puñetazos y cabezazos sin dejar de reírse. Llevaban los brazos cubiertos de tatuajes, entre los que abundaban las cruces gamadas. También llevaban tatuados los puños, y algunos la cara. Con ellos había tres mujeres. Dos eran viejas o tenían aspecto muy avejentado. La más joven lucía un prominente vientre de embarazada. Gritaban y se reían de forma aún más estridente que los hombres. Cada vez que la *scooter* golpeaba el suelo, una de ellas corría a darle una patada, como si fuera un ser vivo al que administraran castigo. Varios motoristas tenían el rostro cubierto de úlceras.

Vámonos de aquí, dijo D.

El mismo día en que el guarda de seguridad me ofreció su ayuda, me encontré unas bragas colgadas del pomo de la puerta del apartamento. Estaban muy usadas. Tenían una mancha húmeda que desprendía un inconfundible olor amoniacal. Las cogí con el extremo de un bolígrafo, fui a la lavandería y las tiré por el conducto de la basura. Por suerte, D no estaba conmigo.

Empecé a preocuparme de verdad.

Quizá la situación me habría parecido más llevadera si hubiera tenido a alguien con quien hablar. D solo disponía de

tiempo para su tesis. Las entrevistas que había mantenido con varios profesores en Reno le habían descubierto nuevas líneas de trabajo, lo que enriquecía la investigación pero también aplazaba su final. Hacía jornadas de once horas y volvía al apartamento cargada de libros que leía por la noche. No descansaba ni los fines de semana.

La universidad organizaba barbacoas y salidas a los alrededores para los investigadores de paso, buenas ocasiones para relacionarse, pero D no quería saber nada al respecto. En lo único en que pensaba era en la ecocrítica literaria y en el tratamiento de los grandes simios en la novela realista estadounidense de la segunda mitad del siglo xx. Solo una vez pude convencerla de que hiciéramos algo con los demás. Visitamos los petroglifos de Lagomarsino, en el condado de Storey. Me apetecía tanto ir que ni siquiera me molestó el tono de suficiencia académica con que hablaban nuestros acompañantes. Durante el trayecto en todoterreno, D fue con un libro abierto sobre las rodillas, sin prestar atención al paisaje ni a los caballos salvajes que se apartaban al trote del accidentado camino de tierra por el que circulábamos.

Mientras los demás trepábamos por las rocas donde los nativos habían grabado sus esquemáticos dibujos hacía miles de años, D se quedó en uno de los vehículos, estudiando y echando vistazos al reloj. Según el plan, después de la visita íbamos a disfrutar allí mismo de un pequeño picnic por cortesía de la universidad. La idea de degustar humus y queso feta en mitad del desierto, rodeados de liebres y serpientes de cascabel, les parecía a todos de lo más chic. Pero en cuanto volvimos a los todoterrenos, D se llevó aparte al guía y le preguntó si podíamos regresar ya, alegando que no se sentía bien. Él le recordó el picnic. D insistió con terquedad, añadiendo que se encontraba

muy mal y que se había olvidado su medicación en casa (no tomaba ninguna medicación), hasta que el guía, visiblemente incómodo, accedió a que nos fuéramos. Antes de que subiéramos a los todoterrenos, oí a varios de los demás criticar a D. Ni siquiera se molestaron en bajar la voz. Después de aquello no participamos en ninguna otra actividad de la universidad.

Si yo me atrevía a insinuar a D que ponía excesivo esfuerzo en su tesis, respondía ofendiéndose. Me recordaba que habíamos ido a Estados Unidos por su investigación, y solo por eso. Todo lo demás era secundario o ni siquiera importaba. Hablaba de la tesis como de algo ajeno, contra lo que tenía que enfrentarse empujada por un imperativo superior. Reaccionaba a mis propuestas de tomarse un par de días de descanso, alquilar un coche y salir de Reno como si fuera una enferma de cáncer a la que yo criticara por el tiempo invertido en la quimioterapia.

En la planta baja de nuestro edificio había un pequeño gimnasio al que yo iba por las tardes. A menudo coincidía allí con un crupier de El Dorado. Teníamos más o menos la misma edad y charlábamos entre serie y serie de ejercicios. Era de origen albanés. Fue lo más parecido a una amistad que tuve en Reno. El crupier tenía mujer y un niño con los que vivía en las afueras, pero una amiga suya había alquilado un apartamento en el edificio y pasaba con ella un par de noches a la semana. Además, el casino estaba cerca, lo que le permitía visitarla casi todos los días. Teniendo en cuenta la frecuencia con que nos encontramos, pasaba más tiempo con su amiga que con la familia.

El gimnasio tenía una puerta acristalada que miraba al recibidor del edificio; los que se ejercitaban dentro quedaban a

la vista de cualquiera que entrara o saliera. Una tarde en que el crupier albanés y yo estábamos en el gimnasio, el motorista pasó por delante de la puerta. Al verme se detuvo y sonrió. Sacó la lengua y la movió arriba y abajo, muy rápido, al mismo tiempo que hacía oscilar las caderas adelante y atrás. Lo ignoré. Siguió con su meneo un poco más, hasta que soltó una carcajada y salió a la calle. El albanés vio lo sucedido.

¿Lo conoces?, me preguntó.

Vive en el edificio, ¿no?, dije pretendiendo simular indiferencia.

Él asintió, pensativo, y retomó sus abdominales.

Minutos después el motorista pasó otra vez ante la puerta. Cargaba con un *pack* de latas de Red Bull y una bolsa donde tintineaban dos botellas de vodka. Repitió el numerito de antes, pero esta vez me señaló previamente para que quedara claro que se dirigía a mí. También lo ignoré. Cuando se cansó, se alejó hacia los ascensores.

Traté de evitar la mirada del albanés, que de nuevo lo había visto todo.

¿Tienes algún problema con ese?

Le dije que no lo tenía, al menos que yo supiera.

Él guardó silencio un momento. Después me dijo que, si yo quería, podía conseguirme una pistola. Lo hizo con la misma naturalidad con que otras veces me había ofrecido invitaciones para alguna discoteca o entradas para ver a los Reno Aces.

Respondí que no. Que por supuesto que no.

Él se encogió de hombros y volvió a lo suyo.

Como consecuencia de aquella breve conversación empecé a ir al gimnasio por las mañanas, cuando no estaba allí el albanés, y mis posibilidades de hablar con alguien se vieron todavía más limitadas.